

SUÁREZ Y EL "COMPROMISO HISTÓRICO"

DESPUES de Gil-Robles, Areilza. "Los viejos soldados no mueren: se desvanecen", dicen en Estados Unidos en estos casos. Mágicamente se han desvanecido estos dos soldados de todas las políticas cuando estaban a punto de llegar a la meta que parecían haberse fijado: el regreso al poder por la vía democrática. Si la cuestión Gil-Robles fue resuelta con adioses más o menos emocionados por parte de todos los observadores políticos, de la izquierda a la derecha, la operación Areilza ha sembrado la confusión y, sobre todo, la indignación de los grandes sectores democráticos, y de los no democráticos, porque ven en ella algo de mayor envergadura: una "operación Suárez". El presidente del Gobierno invade el centro, lo posee, lo estructura, lo ocupa y lo utiliza. Sobraba Areilza, y Areilza queda eliminado. Más allá, a lo que parece, de la misma situación presente: ya no es vicepresidente de su partido, ya no es ni siquiera militante; no se presentará a las elecciones y, según los rumores más insistentes, aceptaría una plaza de senador de los nombrados directamente por el Jefe del Estado. Senador vitalicio, se decía antes: un retiro honroso. Si la mención a la Corona se rehúye, parece en cambio estar presente que Areilza se desvanece por lealtad a la Monarquía. El hombre a quien se consideraba como seguro jefe del Gobierno cuando fue nombrado Suárez, el hombre al que se auguraba un futuro político trascendental, se va y deja lugar al joven "bulldozer" de la política, al Suárez arrollador.

NO es, sin embargo, la desaparición de Areilza lo que acongoja de verdad a toda la oposición, de todos los bandos, sino la "operación Suárez". Se denuncia por unos que la presentación electoral de Suárez dentro de un partido político es una forma de neofranquismo, de continuismo por otros medios: otros le reconocen su derecho electoral, pero acusan que de esta forma el Gobierno no podrá mantenerse neutral. Los hay que le critican ocupando su propia conveniencia: se ha erigido como una figura histórica, co-

mo el hombre capaz de hacer la transición del país desde la dictadura hasta la democracia, y aparecer en las elecciones le reduce, le minimiza. No deja de ser curiosa esta opinión por parte de quienes entienden que las urnas son sagradas y la voluntad del pueblo es soberana: nadie debería minimizarse por acudir a unas elecciones. Antes, cuando no se creía que Suárez descendería —lo de descender es una forma de dicción— a la liza electoral, se le criticaba por lo que parecía su forma de continuar en el poder sin el refrendo popular.

EN toda esta confusión, la postura más original es la del Partido Comunista, expresada por su secretario general, Santiago Carrillo. En una primera noticia divulgada por "Diario16" se le atribuían unas declaraciones en las que se afirmaba "pro-Suárez", aceptaba la candidatura electoral del presidente y se decía favorable a que su Gobierno continuase después de las elecciones. Santiago Carrillo ha rectificado esa "sorprendente información" que hubiera sido una especie de heroica inopor-

tunidad —muchos podrían decir, por lo contrario, que era oportunismo—, pero en realidad mantiene más o menos ese punto de vista, expresado con un razonamiento mayor. No entra ni sale en la postura política de Suárez y los partidos de centro, explica que siempre ha creído que Suárez intentaba participar en las elecciones que él mismo va a presidir para "capitalizar su acción", que las próximas elecciones "no van a ser todavía democráticas" y en fin, que dadas las circunstancias, la aceptación general de las elecciones tal como se van a producir, lo importante es que no gane Alianza Popular, "el neofranquismo de Alianza Popular". Una posición pragmática. Dicho de otra manera, una resignación. Parece incluso por estas manifestaciones ("Diario16", 26 de marzo) que llegaría a proponer un pacto con las fuerzas que ahora invade Suárez: "La única política posible es ampliar al máximo el cuadro de las fuerzas dispuestas a suscribir un pacto constitucional que asegure el libre juego democrático a todas las familias políticas del país y el más amplio respeto a los derechos humanos. Logros muy improbables si el neofranquismo de Alianza Popular gana". Hay un eco de berlinguerismo en esta suave y discreta propuesta, un cierto eco de "compromiso histórico"

EL fallo en este argumento es el de que nadie sabe cuál va a ser el comportamiento de Adolfo Suárez si gana las elecciones, como independiente o con el grupo centro, y sigue siendo presidente del Gobierno, bien por su triunfo electoral, bien por la reiteración de la confianza del Jefe del Estado (para lo cual, como se sabe, no es necesario ser parlamentario ni haber acudido a las elecciones). El comportamiento actual no cesa de ser inquietante, como reiteradamente se viene diciendo desde estas páginas. Cada paso adelante en la vía de la normalización del país está rodeando de tal clase de precauciones, de reservas, de medidas o de actuaciones, que da lugar a toda clase de sospechas legítimas acerca de qué clase de democracia se quiere instaurar. Se

